

ISLANDIA es verde, blanca y negra. Atravesada por el Círculo Polar Ártico, no es tierra que pueda gustar a los amantes de la comodidad. Islandia es tan dura que te remueve los sentimientos profundos y las sensaciones extrañas. Es ella, en sí misma, una chocante abstracción de lo que es sobrevivir a pesar de. Y que a pesar de, cuando se ha logrado entenderla, te atrapa con su belleza. Te embruja. Caes en el placer de saborear lo ganado con esfuerzo, lo diferente, lo misterioso, algo lejano de esta escala de valores mediocre, frecuente y aburrida que nos va guiando cuando nos quedamos en el txoko considerándolo el centro del mundo. Islandia te puede tentar desde lejos cuando no la conoces y se te ofrece difícil pero accesible, pero te deja totalmente hechizado cuando te despides de ella.

Los primeros que vivieron en este país fueron unos monjes irlandeses que desaparecieron cuando los vikingos se instalaron en él allá por el año 981 de la mano de «Erik el Rojo», famoso guerrero alto, fuerte, noble y cruel, que dejó sus rasgos como legado del tópico del vikingo. Durante casi sesenta años noruegos exilados, aventureros, espíritus coloniales que van a mejorar sus vidas en nuevas tierras, se fueron instalando en esta isla del fin del mundo que estaba a seis días de Gran Bretaña. Se dice que en Islandia se formó el primer Parlamento de Europa, en Tingvellir, situado cerca de Reykjavik, donde todos los años desde el 986 se sentaban los terratenientes a trabajar con las leyes. Si era o no un verdadero Parlamento o si en realidad fue la forma que encontraron los islandeses para establecer una constitución es problema que los historiadores discuten en la actualidad. Entre 1262 y 1264 las luchas internas les llevan a los islandeses a caer bajo la sumisión del rey de Noruega. Cuando Noruega y Dinamarca se unen, pasa a estar bajo el yugo danés en 1397, año tras el que llegan los siglos más sangrantes de la vida islandesa. El año 1944 se proclama la independencia. La literatura islandesa, abundante, precisa y sorprendente, deja legado de la crueldad y del rigor que ha marcado la vida de los islandeses a lo largo de su historia.



Landmannalaugar es un reflejo del carácter islandés.

Islandia, inexorable

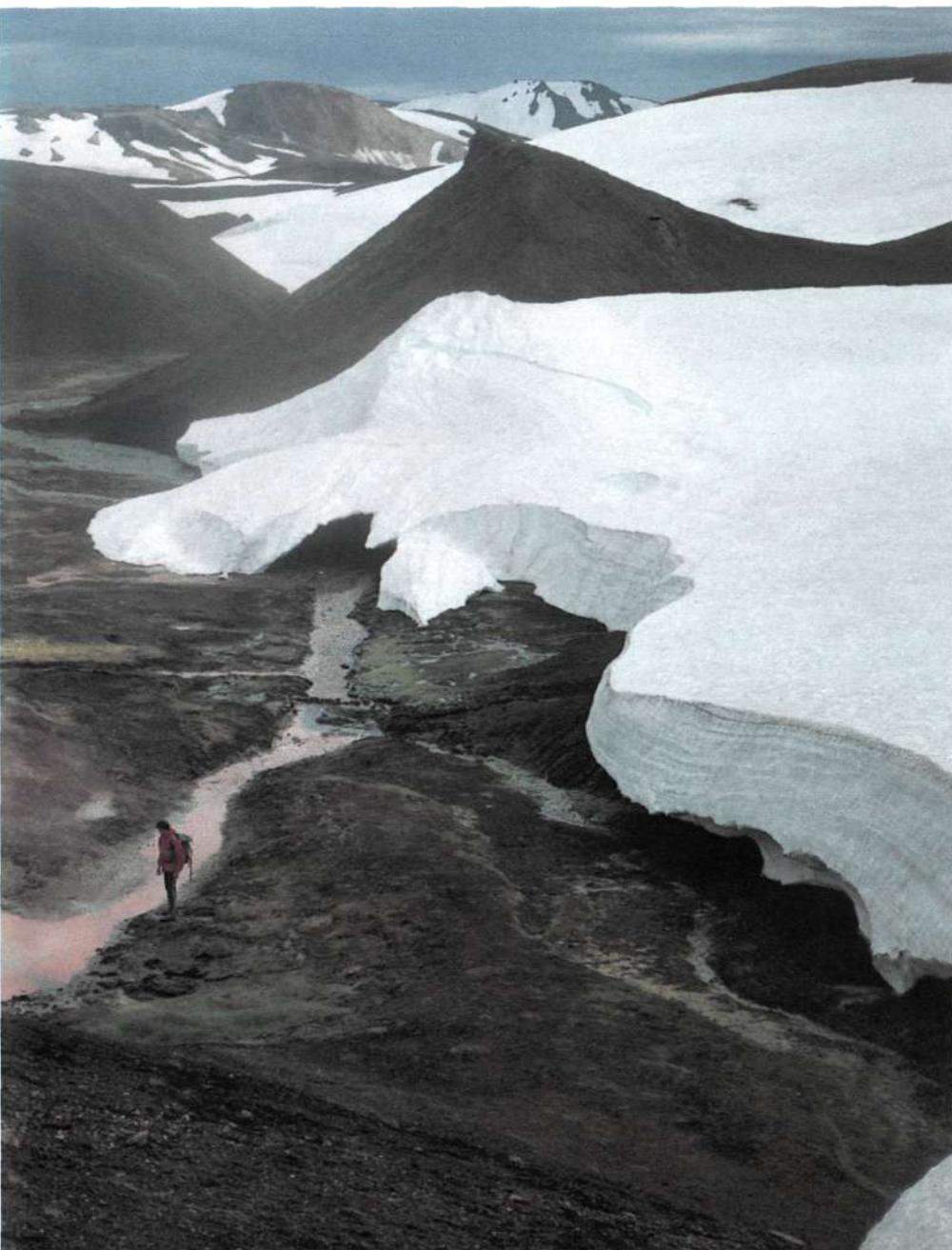
LOURDES DOMINGUEZ

La llegada

Planear un viaje por Islandia es proyectar una pequeña aventura. Apenas se dispone de datos, la Embajada te envía un par de folletos turísticos y con eso y lo que has podido hurgar en las bibliotecas te las tienes que arreglar. Esto constituye un acicate más de los que te ofrece el país.

Tomamos el avión en Luxemburgo, gracias a la información que nos había proporcionado Luis Pedro Peña Santiago. El salto por el aire era también un brinco de concepto y de cultura. Luxemburgo, ciudad tranquila y limpia, ofrece posibilidades como la de charlar con una anciana que, por el hecho de regalarle tres pesetas para la colección de monedas de su sobrino, te devuelve tres francos. Si no quieres aceptar tamaño desproporción te los introduce en el bolsillo con un susurro que delata todo un ritual católico.

—Echalas en una iglesia y reza para que tu marido salga un buen marido.



mal en un trekking independiente; caía un sirimiri tipo vasco, pero en la vecindad de los hielos eternos y no teníamos más información que los dos folletos de la Embajada. O sea, una situación de lo más estimulante si te gustan las dificultades.

Aquella noche, pues, tras montar la tienda y cenar algo caliente, disfrutamos realmente de la madrugada islandesa que es clara y te incita a la fantasía. Las doce de la noche y la intensidad de la luz te permite ver con nitidez, a lo que, como pasa con lo agradable, te acostumbras en seguida.

Landmannalaugar

Landmannalaugar constituye una auténtica borrachera de imagen que obnubila la vista por el exceso. El trayecto en autobús es tortuoso, tanto para el vehículo como para el conductor, pero es un verdadero placer para el visitante que va sentado y contempla desde la ventanilla un paisaje que normalmente se debe conseguir andando. Uno se mete entre montes, sube collados, atraviesa ríos, pasa del negro azabache de la lava al verde brillante y esmeralda de la hierba, dentro de un automóvil que funciona con total impunidad. Se diría que es un reflejo del carácter islandés: temperamento duro, que ha tenido que sacar la subsistencia sin concesiones; trabajador, como se suele trabajar donde hace frío, y en verano, debido al número de visitantes, debe alargar sus jornadas siguiendo la longitud del día. Tras muchas horas, cuando se llega al camping, el conductor sigue hasta Vik.

Merece la pena detenerse en Landmannalaugar, una zona indiscutiblemente bella que hasta ahora los islandeses han mantenido muy cuidada. Hay muchas normas: sólo se puede acampar en el lugar destinado para tal fin y se cuenta con que los que allí están no lo hagan de «acampada» sino que instalen la tienda para conocer.

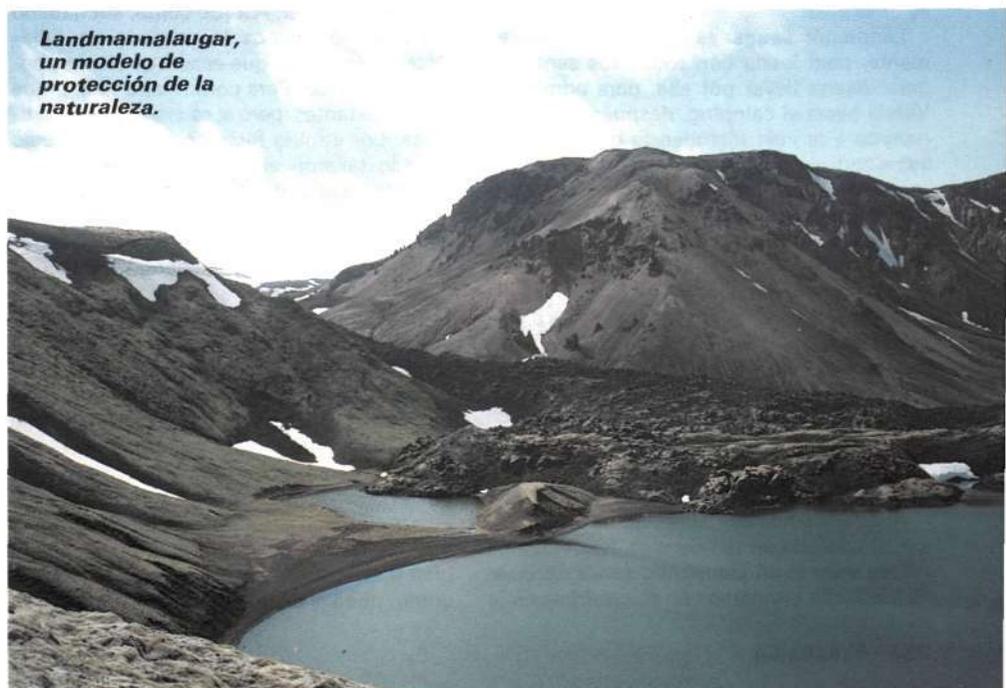
Cuando uno se introduce en el Parque Natural y comprueba que, efectivamente, el suelo está caliente y que, mientras hace huella en el hielo, sale humo, huele a azufre

Por respeto eché las monedas a un santo, aunque ya tenía el deseo cumplido.

Reykjavik era otra cosa. Nos recibió con hostilidad: llovía, no sabíamos ni dónde estaba el camping, ni dónde los autobuses y no teníamos más remedio que acudir al transporte público. Como éramos muchos los que estábamos en las mismas condiciones, formamos una especie de grupo que iba siguiendo el mismo recorrido, cada cual por libre, pero tropezándonos no de forma aleatoria sino con un fin común. Los mismos individuos que nos habíamos visto en el aeropuerto con mochila, botas de trekking y vestido de montaña compartíamos el autobús camino del camping, además de la ignorancia y de un espíritu solidario por hacer un turismo diferente.

Me encontré muy a gusto en medio de este internacionalismo improvisado. Me invadía un júbilo que me hacía estar contenta por todo. Me parecía gracioso lo «colgaos» que estuvimos durante la primera y segunda hora. El mochilón que pesaba como es nor-

**Landmannalaugar,
un modelo de
protección de la
naturaleza.**





**Lengua del
glaciar Vatna.**

y ve correr el agua recién licuada, se plantea si será verdad eso de que los grandes contrastes producen extraordinario placer, así como asombrosas obras de arte.

Lo podremos contar, podremos enseñar fotos pero, como en el teatro, siempre se podrá decir que no hay como vivirlo en vivo. El contraste impresiona, la hermosura del paisaje sobrecoge. Se percibe algo mágico. El silencio es espeso, terriblemente denso, casi hace daño y cuando lo interrumpe el plof-plof del agua sulfurosa que sale humeante, te parece que vas a encontrar a los «trolls» haciéndose la comida o navegando por esos ríos de aguas amarillentas, riéndose de la vida.

Landmannalaugar es para vivirla intensamente, para leerla con todos los sentidos, para dejarte llevar por ella, para admirarla. Volvía hacia el camping, después de un día ganado a la vida disfrutando de ella, y me sobrecogí al contemplar un pequeño y, aparentemente, insignificante volcán. Tenía formas duras. No ofrecía nada. Era como era. Aquella mole de roca sin vegetación me hizo descubrir, en medio de la embriaguez, el gusto por lo inexorable.

Como buen cumplidor de la dureza, al llegar al final nos ofreció el regalo de un baño en aguas sulfurosas a una deliciosa temperatura.

El gran glaciar

Abandonamos Landmannalaugar con pesar, al cabo de un par de días. No teníamos resaca pero sí un estupendo sabor de ojos. Al mediodía montamos en el autobús con la

suerte de que era el mismo chófer, Oskar Oskarsson, el que nos iba a llevar a Skaftafell. Continuamos la trayectoria placentera rumbo sur dentro de un vehículo que parecía un potente caballo de batalla. Los islandeses no se andan con chiquitas, eso sí que iba quedando claro a medida que iban pasando los días, de forma que en una especie de Land Rover gigante, que no lo era pero que lo utilizaban como tal, hicimos el camino rumbo al gran glaciar, el Vatnajökull, el mayor glaciar de valle de Europa. Oskar se paraba de vez en cuando y nos dejaba salir a dar una vuelta tras explicarnos en inglés, idioma que casi toda la población habla, los detalles del lugar. Así fue como, sin haberlo previsto, conocimos la cascada de Edja-Ofaerufoss. Dicen que es una de las más bellas del mundo. Para confirmarlo habría que ver las restantes, pero sí es cierto que es preciosa. Los «trolls» hicieron un buen trabajo cuando tallaron el monumento en la roca que venera el agua atravesándola continuamente.

La llegada al camping de Skaftafell es relajante y amable. Te encuentras ante una llanura verde como lugar de un tranquilo campamento de familias donde los niños a las doce de la noche juegan con el balón. Se respira libertad, se deshace uno de la prisa y vuelve los ojos a las montañas presionadas por el glaciar del que para defenderse sólo encuentran llanura y luego el mar. Las montañas y el glaciar luchan cuerpo a cuerpo. El mar de hielo quiere juntarse con el otro mar, pero las montañas se oponen porque deben ser destruidas para lograrlo. El gran glaciar saca lenguas que crecen a todo correr, dueñas de una extraña vida, mientras

se van ensuciando por el polvo y envejecen cubriéndose de grietas.

Subimos el Kristinartindar, un monte de los engarzados alrededor del hielo, y pudimos ser espectadores de una vista privilegiada, cambiante, a veces dura y austera y otras de una insufrible frivolidad. Aquello era grandioso. Habíamos variado el paisaje, la forma de acceder a él, pero seguía conservando esa inexorabilidad. Al bajar, el sol daba de lleno en la meseta del glaciar y los alrededores, sombríos por nubes gruesas y de poco fundamento, dejaban reinar aquella cabeza blanca deslumbrante.

En la tienda disfrutamos con el pleno sentido de lo que es disfrutar y saboreamos una cena aliñada con un sabroso cotilleo. Algunos vecinos seguían el mismo itinerario que nosotros y controlábamos sus pasos. Nos saludamos y chismorreamos sanamente.

El baño en el volcán

Continuamos el viaje hacia el Este con el inconveniente de la escasez de tiempo y de no disponer de vehículo propio. El autobús se paraba en los lugares de interés, como si fuese de excursionistas en vez de ser el oficial de línea. Así pudimos ver y fotografiar el lago Lake, donde conviven el agua y el hielo con los pájaros. No hay más. Es un espectáculo que aturde, trasciende el entendimiento. Todo el Este de Islandia aturde. Los fiordos son profundos, solitarios y pasan

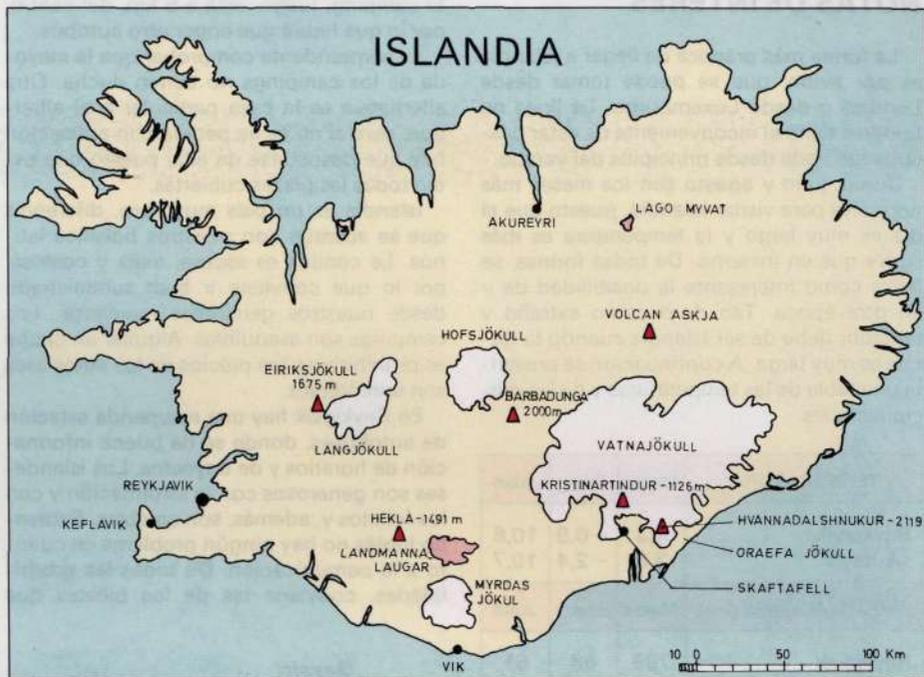
desapercibidos a pesar de ser muy bonitos. Quien conoce los fiordos noruegos los atravesas torciendo el morro, como si de competir se tratara.

El lago Myvatn constituye la ciudad de los pájaros y de los mosquitos, donde ambos grupos son los representantes de un sistema más complejo de supervivencia que se cierra en sí mismo. Myvatn significa mosquito en islandés y es asombroso comprobar que esas nubes bajas, que así lo parecen desde lejos, son turbas de mosquitos sonoros. Desde allí nos organizamos la excursión al volcán Askja. No teníamos otra alternativa para ir hasta el volcán, a pesar de la distancia. El camino es tortuoso y muy largo. La joven rubia que nos contaba lo que acababa de leer en la guía, nos dijo en el camino que allí se entrenaron los astronautas por el parecido que tenía con la luna. Lo único gratificante de la excursión fue el baño en el volcán. Tan lejos, en medio de la isla, con un frío que hace tiritar cuando te desnudas, sumergir el cuerpo en un agua densa a la temperatura del mismo, dejarlo flotar sólo mientras el rostro se expone a un aire que lo corta y que huele a azufre, es volver a sentir los efectos estimulantes de la inexorabilidad. Te parece hasta gracioso el esquimal menudo que también está de vacaciones y que lleva una cámara con objetivos, al menos aparentemente potentes, y que ha merodeado con disimulo. «¡Cómo se va a poner con sus amigos en el iglú este invierno!». A una se le ocurre la poca diferencia que hay y se la calla, por ser una vulgaridad, aunque sea cierta. Esquimales, moros o vascos, todos son iguales.

El sol por el norte

Cerrábamos el viaje circular. Ya sólo nos faltaban noventa grados. Habíamos visitado unos puntos muy concretos y merece la pena recorrer un ciclo grado por grado y el siguiente con menos radio para ver el interior y así sucesivamente. Nos paramos en Akureyri, la segunda ciudad de Islandia, la ciudad del sol de medianoche.

Akureyri tiene más ambiente que la capital, mucha gente joven en la calle que nos



mira con curiosidad. Todavía están atrapados por ideas interesadas tales como que el sur de Europa está bañado por sol, que los toros, que la alegría. Contaminados ellos como lo estamos nosotros pensando que son fríos, aburridos y distantes. Ellos hablan varios idiomas, trabajan desde niños, visten colores oscuros y tienen un estilo elegante. Los hombres son altos y esbeltos y las mujeres pequeñas y regordetas, de piel rosada y rasgos muy bellos. Nos llamó la atención el trabajo infantil. Allí la mano de obra no cualificada es de los niños y de los ancianos. En verano se trabaja duro, se duerme poco, se sale por la noche que es de día. Luego, en invierno, durante el día que es de noche, se vive dentro de casa, se duerme, se lee. No es un país rico. Ha sido la misma inexorabilidad de la tierra la que ha enriquecido la capacidad de trabajo de sus habitantes, ha hecho añicos la pereza que nada puede hacer cuando el perdón no existe.

Akureyri por la noche se ve atravesada por coches que llevan mucha velocidad. Allí vi-

mos el desenfreno, el choque con la realidad que habíamos ido recogiendo durante el viaje. A pesar de que está prohibido el alcohol, nos tropezamos con muchos borrachos y juerguistas, como en cualquier otro lugar del mundo.

Iba recorriendo Islandia como una chiquilla que va descubriendo lo que pensaba que existía pero que siempre le habían dicho que era fruto de su imaginación. No teníamos tiempo de visitar el cabo del noroeste y lo tuvimos que posponer para tratarlo aparte. Era tan solitario, tan lejano para los mismos islandeses, que apenas obtuve razones cuando pregunté la forma de ir hacia allí. De modo que ha quedado en la lista por cumplir. Una lista que se ha quedado apenas rematada con el sol de medianoche. En Akureyri, después de estar casi igual que dando una vuelta por el Paseo del Puerto de Donosti, me quedé sobrecogida cuando me di cuenta de que el sol estaba en el norte. Fue lo que más me importó: ver el sol por su lugar prohibido.



Lago Lake: una convivencia de agua, hielo y pájaros.

NOTAS DE INTERES

La forma más práctica de llegar a Islandia es por avión, que se puede tomar desde Londres o desde Luxemburgo. La línea de Londres tiene el inconveniente de estar bastante saturada desde principios del verano.

Junio, julio y agosto son los meses más normales para visitar Islandia, puesto que el día es muy largo y la temperatura es más suave que en invierno. De todas formas, se lanza como interesante la posibilidad de ir en otra época. Tan duro como extraño y tentador debe de ser Islandia cuando la noche es muy larga. A continuación se presenta una tabla de las temperaturas y de las precipitaciones.

TEMPERATURA	Media	Enero	Julio
Reykjavik	4,3	-0,9	10,6
Akureyri	3,6	-2,4	10,7
PRECIPITACIONES (mm)	Media	Enero	Julio
Reykjavik	799	68	51
Akureyri	470	53	28

POSICION GEOGRAFICA

798 km. de Escocia. 287 km. de Groenlandia.
970 km. de Noruega.

Una vez aterrizado en el aeropuerto de Keflavik, la llegada a Reykjavik es inmediata, puesto que hay un autobús particular que coge a los turistas quienes, primerizos, se confían. El precio, por supuesto, es mucho más alto que el autobús de línea oficial, pero merece la pena, al menos el primer día.

El camping, luego, está a 5 km. del centro, por lo que habrá que coger otro autobús.

Es sorprendente comprobar que la mayoría de los campings no tienen ducha. Otra alternativa es la casa particular o el albergue, pero si no se ha pedido con antelación hay que despedirse de ella, puesto que están todas las plazas cubiertas.

Islandia es un país muy caro, diferencia que se acentúa con nuestros bolsillos latinos. La comida es escasa, mala y costosa, por lo que conviene ir bien suministrado desde nuestros generosos mercados. Los campings son asequibles. Alquilar un coche es prohibitivo y los precios de los autobuses son entendibles.

En Reykjavik hay una estupenda estación de autobuses, donde se da buena información de horarios y de trayectos. Los islandeses son generosos con la información y con los folletos y, además, son amables. Sabiendo inglés no hay ningún problema en cuanto a la comunicación. De todas las posibilidades, conviene las de los billetes que

cierran el ciclo a lo largo de la circunferencia de la isla. Por un precio relativamente módico, tienes la oportunidad de ir avanzando en un sentido. Estos billetes suponen un descuento en las tarifas de los campings y de otros servicios, descuentos que se hacen con absoluta normalidad.

Durante el verano, fletan multitud de autobuses que cumplen a rajatabla el horario. Aparte de los oficiales, casi siempre van llenos de turistas y mochilas. Hay excursiones paralelas que son mucho más caras.

Los amantes del monte pueden disfrutar en Landmannalaugar y en Skattafell, donde conviene estar el mayor tiempo posible para hacer los itinerarios a pie. En los campings se da cumplida información de a dónde y cómo se puede ir.

Los islandeses son muy respetuosos con la naturaleza. Les cuesta mucho mantener un equilibrio en condiciones tan adversas como las suyas. Con el turismo son exigentes y piden con el mismo grado de cuidado que no se les arranque ni una flor.

**Geysir:
un paisaje
mágico, un
silencio espeso
interrumpido
por el plof-plof
del agua
humeante.**

**El increíble
baño en el
volcán Askja:
sintiendo los
efectos de la
inexorabilidad.**



Fotos de la autora.

